

## CAPITULO XV.

*Toma el hábito de N. S. P. San Francisco el venerable padre Fr. Juan de Angulo, y ya profeso consigue del demonio muchos triunfos.*

En los términos dilatados de la religion Seráfica, cuyo cultivo corre á cuenta del divino Jardinero, entre la multitud de hermosas y distintas flores que hermosean y enriquecen con sus sazoados frutos sus dichosos claustros, cuando menos se imagina brota uno á otro fruto, cuya singularidad y estrañeza suele acreditar de mas fecundo su terreno. Uno de estos singulares frutos fué el venerable padre Fr. Juan de Angulo, quien habiendo vivido como cincuenta años entre el bullicio del mundo, espuesto á sus innumerables riesgos, deseoso de lograr los impulsos de su vocacion, habiendo acabado con todo primor y esmero la capilla de San Antonio en nuestro convento de Zacatecas, pidió nuestro santo hábito con muchas lágrimas y rendimiento, y aunque tenia de edad cincuenta años, mirando á su vocacion y recogimiento y á que habia sido especial bienhechor de nuestros religiosos, se lo dieron con mucho gusto de todos para el coro, pero el venerable padre suplicó se le concediese el favor de ser religioso lego.

Tomó el hábito nuestro venerable padre el año 1627, y haciéndose cargo de las nuevas obligaciones de su estado, si hasta entonces habia caminado por las sendas de la perfeccion fer-

voroso, prosiguió desde este dia con pasos tan persurosos que era admiracion de todos, y como cada dia miraban en el novicio una viva idea de un perfecto religioso, le dieron la profesion con universal regocijo. Desde este dia duplicó sus rígidas penitencias, añadiendo nuevas mortificaciones á las que ya practicaba: vistióse de uno como armador de cerdas, que le cogia desde la cintura hasta los pechos, y para los muslos usaba en lugar de paños menores, de la misma tela, que si no servia ni de honra ni de provecho para la carne, era la mas vistosa y apreciable gala para el espíritu: las disciplinas no solo eran cuotidianas, sino continuas, y los mas de los dias, de sangre, con tal rigor ejecutadas, que faltándole el vital aliento en ellas, fué preciso atemperarlas á las naturales fuerzas por direccion del confesor que gobernaba su espíritu: los ayunos eran continuados, pues ademas de los que nuestra regla apostólica determina, ayunaba sin dispensa á pan y agua los sábados y viérnes, los viérnes en reverencia de la pasion de Cristo, y los sábados en obsequio de la Concepcion purísima de María.

Aconsejaba continuamente la devocion de María Santísima y del immaculado misterio, y solia con discrecion decir que no podian los hombres ser amantes de Jesucristo, si no adolecian de la tierna devocion de su Inmaculada Madre, porque conocia ó que sin esta devocion no podian acreditar su fineza, ó que sin obsequiar á la Madre era imposible cautivar el corazon del Hijo: en esta fé nuestro venerable Angulo fué singular amartelado de María Santísima y de su Concepcion immaculada, procurando en lo posible imitar sus prodigiosas virtudes, y aunque conocia que en esta imitacion puntual consistia la mas fina devocion de María Santísima, no se satisfacía su corazon enamorado si no desahogaba sus fervores en otros obsequios reverentes: á este fin rezó todo el tiempo de religioso el rosario de quince misterios á María Santísima, puesto de rodillas, sin otras particulares devociones con que se encomendaba á esta Emperatriz soberana.

Cuando llegaba la fiesta de su Concepcion Purísima, convidaba á todos los vecinos de Zacatecas, y sin que le impidiesen sus muchos años, andaba incitando á todos de casa en casa, para que en reverencia de tan soberano misterio, no solo purifica-

sen con la penitencia sus conciencias, sino que esplicasen con lenguas de fuego en cohetes y luminarias, la devocion que en sus corazones latia de la Concepcion pura de María, siendo este dia para nuestro Angulo el mas festivo y alegre del año: ¡pero qué mucho! Si esta devocion de María en su primer instante immaculado era hereditaria en el padre Angulo: pues el escudo de armas de su esclarecido linage está orlado con estas palabras tiernas: *Ave María gratia plena*. Merced que se les concedió á sus nobles antepasados por defensores de las inmunidades y honra de María Santísima. Correspondió la Emperatriz de los cielos tan liberal á la fervorosa devocion de su siervo, que cuando se hallaba en los mayores conflictos con el demonio, cuando este se resistia á la señal de la cruz y á la invocacion del dulcísimo nombre de Jesus para ahuyentarlo de su presencia confuso, con solo decir el venerable Angulo: *Sin pecado concebida*, huía presuroso á los infiernos, dejando el campo y la victoria por el venerable padre.

En el santo ejercicio de la oracion fué este siervo de Dios muy continuo y fervoroso, porque reconocia que la oracion es escuela donde se aprenden las virtudes con acierto; no ignoraba que la oracion es la fuente de los buenos propósitos y el tribunal donde reside la razon, tomando rigurosa residencia á la alma de sus operaciones. Sabia que la oracion es fiel espejo en que se registran los mas leves defectos que pueden ocasionar, ó tibieza en la voluntad, ó engaño en el entendimiento; y con este conocimiento pasaba en este santo empleo la mayor parte de las noches, y muchas horas de los dias. A esta oracion continuada se seguian á tiempos favores y oscuridades, sequedades y consolaciones: cuando se veia favorecido tomaba alientos para el amor, y cuando humillado, motivos para su desprecio. El blanco de sus afectos era la vida, pasion y muerte de Jesucristo; por esta misteriosa escala le elevaba Dios al profundo conocimiento de sus perfecciones divinas, comunicándole admirables luces de los misterios mas ocultos. Consideraba tiernamente las dulces finezas de nuestro Redentor, hasta hacerse esclavo por librar al hombre de la vil esclavitud, en que lo puso el pecado, y viendo que para conseguirlo puso todo el precio de su sangre á costa de dolores y afrentas, se le

partia el corazon de dolor, y derramaban sus ojos copiosas lágrimas.

El demonio, rabioso de envidia, viendo tan favorecido de Dios al venerable Angulo, trató de atormentarlo por varios modos. Siempre fué enemigo declarado de la humildad la soberbia, y así ninguno estrañará que siendo el venerable padre Angulo tan humilde, le aborreciese el demonio, príncipe de los soberbios, con tanta saña. Tuvo éste permission muchos tiempos para fatigar y ejercitar la paciencia y valentía de un espíritu tan elevado como el de nuestro Angulo, quien con su oracion y humildad le hacia cruda guerra. Valióse de la permission de su furia, y como ésta estaba limitada por la permission, todo cuanto intentaba el demonio para vengar sus injurias, resultaba en confusion vergonzosa de su soberbia. Puso los tiros de su malicia para contrastar su fortaleza: ya se le aparecia en figuras formidables; ya hacia espantosos ruidos; ya le daba desapiadados golpes; pero estaba Fr. Juan tan lejos de rendirse al miedo ó á la violencia, que le provocaba animoso con injuriosas palabras y con ademanes de desprecio. “Torpe, escabrosa béstia, le decia, perro amarrado á la cadena, ven ven; y si tienes facultad haz presa en mis carnes, que poco cuidado me darán tus bravuras ni tormentos; y sábetes, perro rabioso, que cuando me maltratas me mejoras, y advierta tu furiosa rabia, que de tus mayores males he de sacar yo mis mayores bienes. Ea, mastin enfurecido, aprieta la mano y castiga, como sabes, las ingratitudes que tengo hechas á mi Dios; que pecador tan vil, como yo soy, bien merece verdugo tan infame.”

Aunque el demonio, á vista de tanto desprecio huía vergonzoso, no se daba por vencido, y así continuaba en perseguir al venerable padre Angulo. Tenia este una celdilla con una ventana pequeña que caía al cementerio, é irritado el demonio una noche de los baldones que le dijo Angulo, le cogió y le precipitó de la ventana al patio del convento sobre unas piedras de mas de diez varas de alto; pero como Dios favorecia á su siervo, no recibió en la caída el mas leve daño, quedando el demonio mas furioso por no haber conseguido su intento. Otra vez e sacó del coro, y llevándole violentamente al campanario, le tiró de la torre abajo, y ni esta ocasion logró sus depravados inten-

tos, porque tenia dispuestos Dios ángeles que en sus manos le recibiesen para que no le ofendiera el precipicio. Viendo el demonio que con las veras no podia apartar al siervo de Dios de la oracion, ni con golpes, ni con precipicios, ni con visiones horribles, trató de probar un nuevo rumbo, y fué, que, como acostumbrase tener su oracion de noche en el coro este venerable religioso, se le apareció el demonio en forma de un robusto hombre, y cogiéndole en peso en sus formidables brazos, le ataba por la cintura à la soga de la lâmpara, y así le dejaba colgado como vara y media ó mas del suelo, y columpiándole con su pestífero aliento, y riéndose con su falsa risa, se retiraba el diablo, mas furioso que nunca, de ver la paciencia de Fr. Juan, quien péndulo en el cordel de la lâmpara permanecia desafiando al demonio con indecible valentía, hasta que entrando á prima los religiosos, le bajaban de aquel tormento tan penoso, el que sufría con serenidad de ánimo este bendito religioso, porque conocia que la virtud se perfecciona en los trabajos. Tan porfiado y rebelde se mantuvo el infernal dragon en perseguir á Fr. Juan, que lo mas de la vida, que vivió en la religion, le afligió con innumerables tormentos, hasta que María Santísima, movida de las fervorosas súplicas de su fiel devoto, puso en sus lábios la espada de dos filos, con que quebrantó desde este dia el orgullo y altivez del infernal ministro; y así, lo mismo era presentar el demonio la batalla á Angulo, que pronunciar este varon santo: *Sin pecado concebida*, para que al instante dejase el campo fugitivo con espantosos ahullidos; siendo el nombre de la Concepcion purísima de María, el que quebranta la cabeza de esta serpiente venenosa.

## CAPITULO XVI.

*Refiérense otras maravillosas virtudes del venerable padre*

*Fr. Juan de Angulo.*

Aunque quedan apuntadas algunas de las virtudes en que floreció el venerable padre Fr. Juan de Angulo, no obstante es preciso dar alguna noticia de las que le adornaron y le hicieron varon perfecto y venerable. La virtud heroica, dijo un discreto, es una rectitud del ánimo racional, que hace al dueño que la posee mayor y mejor que lo muy bueno: en esta categoría colocaron al venerable padre Angulo sus prodigiosas operaciones virtuosas, que para que la veneracion las tenga en breve mapa delineadas, las resaumiré como en compendio. Tuvo en grado heroico las virtudes teologales, y siendo la fé la que ocupa el lugar primero, la tuvo Fr. Juan en eminente grado: testigos irrefragables de esta verdad son los prodigios y milagros que obró Dios por medio de este su siervo, los que referiré en el siguiente capítulo, en que constará que la fé viva de este santo religioso tenia como asalariada la Divina Omnipotencia para la comun utilidad y provecho del prójimo; de esta fineza de su fé, dimanaban aquellas lâgrimas que continuamente deramaba por la conversion de los pecadores, y aquel rigor con que martirizaba sus carnes, no ya tanto por sus culpas propias, cuanto por satisfacer en parte por las ajenas á la Divina Ma-

gestad, á quien tenían los hombres con sus liviandades ofendida.

La esperanza, que es uno como divino esfuerzo para que en las tribulaciones venzan los justos imposibles, se dejó ver en las gloriosas empresas del venerable Angulo. Si no hubiera sido su esperanza tan heroica, ¿cómo siendo seglar, hubiera dado tantos miles de limosna á los pobres, sin recelo de que le faltara lo preciso? ¿Cómo *afundamentis* solo él hubiera levado la iglesia de nuestro convento de Sombrerete? ¿Cómo fuera posible que por espacio de mas de diez años hubiera entrado los mas de los dias en batalla campal con el demonio? ¿Cómo fuera dable que siendo estropeado muchas veces de sus crueles manos le desafiase con tanta valentía y denuedo, que le obligase á una vergonzosa fuga? Todo esto, claro está que no pudiera, no digo yo llevarlo á debida ejecucion; pero ni aun remotamente pensarlo, á no ser tanta la valentía de su esperanza firme, que podia apostárselas á lo heroico de su fé ardiente.

En estas dos virtudes se fomentaba la encendida caridad de nuestro venerable Angulo, virtud toda incendios, en que vivia y de que se alimentaba su seráfico espíritu; los efectos que en este venerable padre causaba el amor divino, eran tan vehementes, que no pudiendo ocultarlos el disimulo, se derramaban por los ojos en copiosas lágrimas, ó respiraban en suspiros y sollozos, ó reverberaban en el rostro con incendios maravillosos. Testigos de esta verdad fueron todos los religiosos que moraban en su compañía, quienes le registraron muchas veces elevado, una y dos varas de la tierra, ya llorando tiernamente, ya suspirando afligido, ya encendido como un sol su venerable rostro; y segun eran los incendios de su espíritu y las materias que contemplaba su corazon enamorado, así salian los indicadores en sensibles exterioridades: estas ansias le hacian acometer intrépidamente á cuantos lazos de muerte trazaba á su vida visiblemente el demonio. Amó á Dios sobre todas las cosas, y á trueque de que no fuera ofendido, decia á todos, que sacrificaria su cuerpo á la penitencia, su honra á los desprecios, su voluntad á la total abnegacion de sí mismo, y su vida al arbitrio del mayor tormento; por esta causa suplicó varias veces á los prelados le permitiesen ir á la conversion de los infieles, deseaban-

do derramar la sangre de sus venas á trueque de estirpar, cuanto alcanzasen sus fuerzas, la abominable idolatría.

La caridad á los prójimos era tanta, que cuando conocia con la luz superior que Dios le habia comunicado, el mal estado de muchas almas, aunque fuesen de superior gerarquía, les amonestaba la enmienda, y si no salian del mal estado en que los tenia la culpa, lloraba con tierno llanto, y convertia contra su inocente cuerpo un diluvio de mortificaciones por ver si con ellas podia ablandar la dureza de sus obstinados pechos. Vióle un dia su prelado muy lloroso, y le preguntó con cariño: padre Angulo, ¿por qué llora tan continuamente? Padre, respondió: lloro, porque sé que mi Dios está ofendido; lloro, porque habiendo amonestado caritativamente á un pecador de esta ciudad, ha despreciado mi aviso, y rebelde á la misericordia divina, se resiste á sus amorosos ausilios, y es para mí esto, un martirio tan cruel, que diera mil vidas porque no se perdiera esta alma: no diga que sabe de penas, quien no ha probado este sagrado infierno de amor divino en la perdicion de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

La misericordia que siempre acompaña á la caridad, la tuvo en tan alto grado, que era Angulo un perenne manantial en favor de las miserias de sus hermanos; habiendo conseguido su amor á fuerza de súplicas y mortificaciones una receta de la Omnipotencia para alivio de los menesterosos. ¿Qué hizo todo el tiempo que vivió en el siglo, sino socorrer con copiosas limosnas las necesidades de cuantos imploraban sus socorros? Díganlo los vecinos de Mazapil y Sombrerete, que cuando se les ausentó Angulo, á gritos publicaban que les faltaba su padre y su socorro. ¿Qué hizo despues de religioso en San Luis y en Zacatecas, sino dar recetas de salud á todo género de enfermos? En su misericordia halló un ciego vista; pues repartiendo la comida en la portería con solo el contacto de sus manos y decirle que diese las gracias á San Antonio, le dejó perfectamente sano. Otro mudo habló por la intercesion de su siervo, habiéndole untado en la lengua con el aceite de la lámpara de San Antonio. A una niña que afirmaban todos que era muerta, con el contacto de sus manos se la entregó á sus padres sana y buena. Un paralítico, dejando el carretoncillo en que an-

daba pidiendo por las calles, fué por sus pasos contados á dar gracias al Santísimo Sacramento, como se lo ordenó Angulo. Y en fin, era el venerable Angulo el que pasando por las calles de Zacatecas remediaba á cuantos con viva fé le llamaban para que poniendo sus manos sobre sus enfermos, consiguiesen la salud en todo linage de dolencias.

En fin, siendo la culpa la mayor miseria de la alma, no es fácil ponderar las almas de diversos pecadores que remedió con sus saludables avisos; y como Dios le descubria por su bondad y misericordia el estado de muchas conciencias, procuraba el remedio de sus miserias con sus amonestaciones y avisos. Con quien mas practicó su misericordia, fué con las desvalidas viudas y doncellas: conocia sus necesidades y peligros y no pudiendo ya por religioso socorrerlas por sí propio, iba á casa de los vecinos mas ricos y les mandaba con un soberano imperio que atendiesen al socorro de tales y tales personas que estaban necesitadas, y por sus necesidades corrian gran peligro; por cuyo medio conseguian ellas el remedio y ellos el mérito. Sucedióle en una ocasion con un minero de Zacatecas, hombre austero y de natural poco caritativo é indigesto, que encomendándole el socorro de una pobre doncella, hija de padres honrados, y de buen rostro, le dijo sonriéndose el minero: "Padre, á ese precio mi caudal será un soplo que no dure un punto." "Un punto será, le dijo muy severo el venerable Angulo, y le durará poco mas de un instante ó punto, porque habiéndoselo Dios franqueado liberalmente para el socorro de muchos necesitados, con tiranía le guarda, sin querer socorrer la necesidad de su prójimo." Apartóse de su presencia el padre Angulo, y á la noche se incendió su casa y la hacienda en que vivia, y habiéndose levantado un furioso viento, en un soplo se consumió todo: prodigio que á su pesar confesó el miserable y desdichado.

Los tres votos esenciales que como especiales gracias hacen amable el estado religioso á los ojos de Dios y de los hombres como heroicas virtudes, adornaron á nuestro Angulo. Todas las operaciones que ejecutó de religioso, las niveló al dictámen de la obediencia, sin que saliese de ella un punto: si rezaba, si hacia penitencias, si oraba, si socorria á los pobres, si compo-

nia con su discrecion las discordias de los vecinos, todo era gobernado por la obediencia; finalmente, para dar repentina salud á los enfermos, precedia superior orden para que así saliesen como salieron sus operaciones acertadas. En la pobreza evangélica fué un vivo traslado de su seráfico Patriarca; pues no hubo primor en la santa pobreza que no practicase nuestro Angulo, hasta que consiguió la posesion del reino de los cielos, por el vacío que dejó en su corazon la desnudez y desapropiacion de todas las cosas del mundo.

La castidad tuvo en nuestro Fr. Juan tantas victorias, como batallas: para apoderarse de esta angélica virtud, no admitió dos casamientos de personas de suposicion en calidad, dote y hermosura, ofreciendo en las aras de la pureza el sacrificio que hizo del rendimiento de sus apetitos. Conservóse toda su vida casto, y por conservarse, ¿qué no padeció de trabajos? Su cuerpo le trataba como vil esclavo, con rigorosas penitencias, para que no se rebelara bruto contra el espíritu: sus potencias y sentidos exteriores, los mortificó con extremo, sin dispensar en esto por pretesto alguno, como que sabia que para el robo de la pureza, por las ventanas de los sentidos podian hallar entrada los enemigos de la alma; por esta causa sin duda se le advirtió todo el tiempo que vivió en nuestra religion seráfica, que no miró con atención al rostro á muger alguna. La humildad, madre de todas las virtudes, se apoderó tan del todo del espíritu de Angulo, que sola ella parecia que sobresalia á todas ellas. desde que se consagró á Dios en la religion, todo fué un acto heroico de humildad: no negará esta verdad quien leyere atentamente la cruda batería con que le persiguió el demonio, que siendo éste padre de la soberbia, dicho se está que habia de procurar arruinar la humildad mas profunda, como á su mayor enemigo. Estos son en parte algunos de los bosquejos de las virtudes de Fr. Juan de Angulo, que le constituyeron perfecto religioso: que intentar dibujarlos todos, seria deslucirlos con los borrones de la pluma, dictados de mi balbuciente lengua.